

La huida

Los teléfonos seguían sonando mientras todos se preparaban para salir de la oficina, al parecer, sin intenciones de atenderlos. Aturdían sus timbrazos, realmente eran insoportables, pero a él no le importaba ya, en todo caso, ese era el menor de los problemas. Más bien podría considerarlo como el acompañamiento musical o el telón de fondo del drama terminal, el final de ese tiempo que otrora fuera promisorio.

Finalmente quedó solo y comprobó que, esta vez, el sonido insistente provenía de su móvil, pero tampoco lo atendió. Con una amarga sonrisa, recordó que todo, paradójicamente, había comenzado con un llamado telefónico para ofrecerle trabajo. Al principio, todo pintaba bien, en efecto, como pincel nuevo en manos de un creativo pintor. Sin embargo, como fue comprobando dolorosamente, la realidad se empeñó en superar todo sueño imaginado, a tal punto, que cualquier fantasía surrealista podía quedar empequeñecida, destañada, ante la avalancha incontenible de conflictos y acontecimientos impredecibles que se fueron sucediendo, sin parar.

El proyecto que había aceptado coordinar era interesante y altamente complejo debido a las innovaciones tecnológicas que implicaba y, especialmente, porque incluía entre sus socios a diversas instituciones europeas, cuyos propios nombres se le antojaron inventados por un novelista extravagante o copiados de la mitología griega.

Fue conociendo a los integrantes del proyecto, uno por uno, mediante comunicaciones virtuales: primero por sus correos electrónicos, que diariamente atiborraban su ordenador y, posteriormente, fue identificándolos por sus voces a través de las líneas telefónicas. Comprobó que estas instituciones y personas tenían existencia real y cierto reconocimiento, por lo menos, dentro de sus países de origen, aunque nunca alcanzara a verlos en fotografías ni, mucho menos, a conocerlos personalmente.

Las comunicaciones entre la gerencia y la servidumbre postmoderna discurrían especialmente a través de los ordenadores, cuyo frenético uso reforzaba la tendencia a convertirlos, cada vez más, en substitutos de los tradicionales lugares de trabajo. Las relaciones personales directas, cara a cara, eran por cierto cada vez menos frecuentes en este tipo de emprendimientos. Prácticamente todos los intercambios de opiniones y la distribución de tareas se producía a través del oscuro entramado de redes virtuales, inmediatas y al mismo tiempo distantes, sin contradicciones aparentes y con la elocuente certeza de que, a voluntad del usuario, todas esas transacciones podían transfigurarse en papel sólo con pulsar determinadas teclas, con movimientos certeros.

Españoles, portugueses, finlandeses, italianos, griegos, belgas, noruegos y lituanos traspasaban las fronteras a través de un puente común: el idioma inglés. Para hablar claro, era un mundo aparte. Ese idioma mediaba y comunicaba lo fundamental para el trabajo, pero no siempre era fraternal a la hora del sinceramiento afectivo, pues todos sabemos que para esos menesteres se suele recurrir con más gusto a la lengua materna, más cálida y protectora al fin, como su nombre lo indica, y eso a todas luces, era considerado prescindible o intrascendental a los fines del proyecto.

El ojo avizor del jefe máximo se dejaba notar, indefectiblemente, especialmente cuando los siervos del siglo XXI debían rendirle tributo, por ejemplo, a la hora de presentar los informes periódicos o, particularmente, al justificar los gastos realizados. Ávidos de llenar sus bolsillos de gravámenes y retribuciones -esto, no nos engañemos, siempre ha sido igual por los siglos de los siglos- los nuevos señores feudales han superado, con alivio, las lealtades y los altos ideales de los caballeros de antaño. Estos no vacilaban al alejarse de la protección de sus castillos para emprender azarosos viajes en busca de la honra que otorgaban las cruzadas, dejando resguardadas a sus mujeres con incómodos y -ahora inadmisibles- cinturones de castidad.

Los dueños de las fortalezas actuales han adoptado los últimos requerimientos tecnológicos y sofisticados artilugios para transformarlas en magníficos trofeos y apropiados símbolos para ostentar su poder. A lo sumo, estos muros cumplen con la función más prosaica de brindarles

seguridad frente a un mundo cada vez más violento y hostil, pero están muy lejos de ofrecer protección a sus siervos, como lo hacían antaño frente a eventuales enemigos al acecho.

Sus propietarios, al menos, han logrado evadir las toscas y duras armaduras que otrora les protegían o les servían para amedrentar a los infieles, transformándolas en finas vestimentas, símbolos del prestigio y de los privilegios del poder. Para desgracia de algunos creyentes pacifistas y de quienes reclaman en vano el cumplimiento de mandatos bíblicos, sus espadas no se han transformado en arados sino en finos bolígrafos, ocultos en sus elegantes chaquetas o camisas bien planchadas, y están siempre disponibles para servir de refuerzo a gestos amenazantes o admonitorios.

Insistente, su teléfono seguía sonando, corroborando su sensación de hastío. En todas las escenas de esta historia, estos pequeños artilugios tecnológicos siempre habían tenido un protagonismo indispensable, eran mensajeros asépticos, omnipresentes, fieles reflejos de apremios y controles, meros extensores del habla y de las manos y, por qué no, del tiempo y del espacio.

¿Qué otra cosa significaban las sutiles ondas sino la comunicación sin fronteras, empecinada en borrar los límites del antiguo y directo contacto físico y la inmediata calidez del lenguaje gestual?

Estas redes invisibles, descontroladas ya de la servidumbre de los cables, lo penetran todo, constante y sistemáticamente, sin piedad ni contemplaciones, sin cordones umbilicales que los liguen a ninguna infraestructura, salvo la mínima indispensable para energizar sus entrañas.

Luego del último timbrazo, ese que lo obligó a tirar su móvil por la ventana desde el décimo piso, se quedó solo, aturdido por el repentino y denso silencio, sin acompañantes obligados, sin el ojo avizor de la sucesiva cadena de mandos que tanto atendían a detalles intrascendentes, sin chácharas en inglés con ningún socio italiano, lituano ni portugués, sin correos electrónicos anunciando catástrofes o debacles anunciadas desde los comienzos de los tiempos... Había llegado el final.

Expectante, trató de reflexionar lo más rápido que le permitían los latidos demasiado acelerados de su corazón, que ya sentía con fuerza en su costado izquierdo. A pesar de lo acostumbrado que estaba su cuerpo a la adrenalina cotidiana, descubrió las huellas del cansancio acumulado con tanto trajín enloquecido y sin sentido, sintió el agobio producido por el torbellino interminable y reiterado de información, que no daba treguas a nadie. Pero, sobre todo, se encontró plenamente ávido de buscar remansos en ese río artificial en el que venía navegando y simulando su vida, descubriendo entonces que su embarcación era demasiado prefabricada con arquitecturas extrañas a su voluntad.

Estaba claro que debía huir y que a su casa no le convenía volver, obviamente, sería el primer lugar en donde lo buscarían tras su desaparición.

Palpó el bolsillo de su camisa para comprobar si seguía allí el pasaporte que, tras varios tragos reflexivos, la noche anterior había decidido incorporar al conjunto habitual de los objetos imprescindibles que solía llevar a cuestas. Y sonrió entonces, con un dejo de picardía, al recordar que, por lo menos, acababa de liberarse de uno de ellos: el teléfono móvil, que en estos momentos, claro, habría pasado a mejor vida.

Tranquilizándose a medida que recobraba el aliento, buscó la puerta de salida, alejándose poco a poco de la oscura sensación de inseguridad que lo asaltara durante tanto tiempo. Aunque, según indicaba su reloj, hacía poco menos de media hora que todo esto había transcurrido, él lo había vivido como un período larguísimo, interminable. Otro ejemplo de la relatividad de todo y, especialmente, de las trampas del tiempo que corre o se detiene según el termómetro emocional y algunas urgencias circunstanciales, razonó sabiamente.

Decidió que el viaje hacia el aeropuerto era ahora su principal objetivo mientras iba en busca de su coche, estacionado en el exclusivo aparcamiento de uno de los edificios más modernos de la ciudad.

A pesar del tránsito infernal habitual en esa hora del día, llegó justo a tiempo para comprar un pasaje para el primer vuelo que salía en sólo cuarenta minutos. La tarjeta de embarque junto a

su pasaporte le transmitió no sólo tranquilidad, sino una sensación de liberación sumada a una agradable imagen de sí mismo dormitando y cobijado a la sombra de las palmeras, en aquellas doradas y cálidas playas del caribe, ahora atractivamente cercanas.

Nadie lo esperaba allí...ni en ninguna otra parte del mundo, pensaba casi en voz alta, entre taciturno y resignado, mientras se dirigía a la puerta de embarque. Y, por lo tanto, no era raro que nadie lo despidiera, ni se preocupara o estuviera pendiente de lo que acontecía en su vida, salvo, claro, sus jefes, de cuya prisión necesitaba escapar, antes de que fuera demasiado tarde.

¿Tarde, temprano? El tiempo otra vez, ese bien máspreciado por su insoportable escasez durante los frenéticos ritmos vitales y que, sin embargo, se obstinaba en su parsimonia cuando el sufrimiento le agobiaba y oprimía.

Ya estaba bien ubicado en su asiento del avión, pronto a despegar. Sonreía al fin, distendido, como no lo estaba desde hacía meses, pensando en nuevos horizontes y, especialmente, en el color turquesa del mar caribeño, en los frescos mojitos, en los cocoteros, en fin, en el lejano paraíso que lo esperaba cruzando el océano.

No se había percatado que uno de los pasajeros lo miraba con desprecio desde el asiento trasero. Era un italiano con cara de pocos amigos, uno de los invisibles socios del proyecto, que por lo visto, no le había perdido pisada. Nunca hubiera podido reconocerlo, claro, pues sólo había escuchado su voz y había leído sus correos electrónicos, escritos en un inglés gramaticalmente cuestionable, por cierto.

De pronto, en lugar de la bienvenida del comandante del avión, escuchó un alegre grito, desubicado en ese contexto: "Corten".

Transpuesto, miró asombrado a todos, estaba tan metido en su papel que no pudo dejar de sentirse frustrado al tener que bajar del avión contratado por el equipo de producción de aquella película, cuya escena final acababan de filmar...

Las luces provenientes de los potentes reflectores se apagaron y los aplausos y vivas que se escucharon a continuación, lograron impactarlo. ¡Increíblemente, por fin, su primera película estaba terminada!

Mientras saludaba e intentaba festejar con sus compañeros la culminación del trabajo realizado, aún a mitad de camino entre su personaje y él mismo, sintió vibrar en el bolsillo su propio teléfono móvil. Recordó que, lógicamente, lo había dejado sin sonido, pero sin apagar, pues nunca hubiera podido desprenderse de ese cordón umbilical con su propio mundo, con su gente. Poco a poco la voz de su hijo ¡que por suerte, hablaba en castellano!, le hacía retomar sus ritmos cotidianos, le ayudaba a tomar conciencia de la disponibilidad de su propio tiempo, o, lo que es lo mismo, de su propia vida.

Aún desde su lejano rol de hombre solitario y en franca huida de todo y de todos, le respondió que ya hablarían luego, tranquilos y con su madre, sobre aquel esperado viaje de vacaciones, esta vez, sin cruzar el Atlántico y, en lo posible, en la casa familiar de su pueblo.

Aún inquieto, miró hacia atrás por el rabillo del ojo, pues le pareció ver a otro siniestro personaje persiguiéndolo pero, con alivio, comprobó que sólo era su sombra.